

Manuel Peña Muñoz

Los Cafés Literarios en Chile



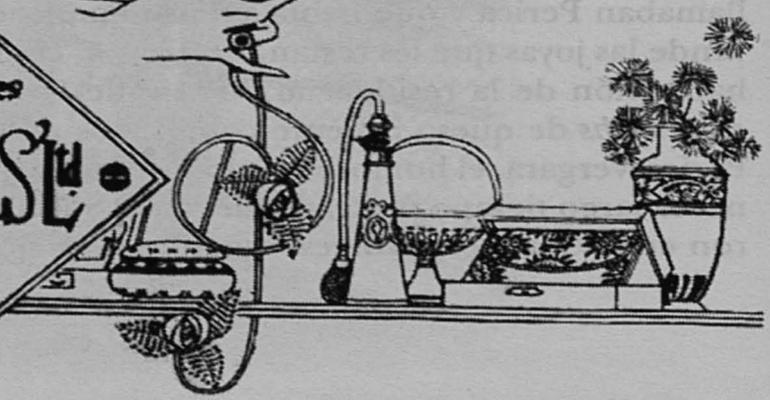
AE
ARCHIVO
DEL
ESCRITOR

 **RiL**
editores





The Chilean Stores
Cathy Graves Ltd.
Santiago



Patricio Vergara, en el del Cere se crea, para con su gran amor
Ceballos en la banca con el Puerto de L. ara
Ces. Archivo de San Val.

VIII. LOS PRIMEROS CAFÉS DEL SIGLO XX

A comienzos del siglo XX, el país respira prosperidad. La ciudad de Santiago crece a ritmo vertiginoso y copia siempre la moda europea. Las familias elegantes viajan a París y traen las novedades en barco. La vida santiaguina se hace cada vez más cosmopolita y afrancesada. Junto a la Confitería Torres aparecen otros lugares elegantes para reunirse y conversar alrededor de una taza de café.

El *Tea Room* del Gath y Chaves

Es la época cuando en Santiago las elegantes compran en la tienda Gath y Chaves inaugurada en 1910 con gran pompa en Estado con Huérfanos. Una de sus características fue que sus dependientes eran extremadamente atentos.



Frontis del espléndido edificio de la tienda Gath y Chaves en la esquina de Estado con Huérfanos.

En el primer piso que daba a la calle estaban las telas, de manera que las señoras podían apreciar al tacto las maravillosas sedas y terciopelos que estaban allí en amplios mostradores de nogal. Era un tiempo en que las señoras les mandaban a confeccionar sus vestidos a las modistas, de modo que era indispensable comprar cortes de género por metros. Allí se prodigaban en amplios mesones las telas finísimas, los rasos y los encajes.

El día de la inauguración las damas del centro se aglomeraron en la entrada esperando que abriesen sus puertas. Ya la prensa había anunciado el lujo que verían las clientes y no salieron defraudadas, porque la mercadería era selecta y en su mayoría importada de Londres, París, New York y Berlín.



En Gath y Chaves fueron famosos sus maniquíes, casi perfectamente humanos. Las señoras santiaguinas miraban asombradas aquellas hermosas figuras que ceñían vestidos deslumbrantes.

La ropa más fina, las alfombras más mullidas, así como los comestibles importados –quesos, bombones y licores– se compraban también en el sofisticado edificio de cuatro pisos, construido en sólido hormigón para durar toda la vida.

Era signo de elegancia y refinamiento comprar en Gath y Chaves la mercadería para la despensa y así, Daniel de la Vega escribió: “Y cuando a usted le servían un plato de fideos, le advertían con orgullo que habían sido comprados en la casa Gath y Chaves. Y así, aquí hubo una época en que se comieron los fideos respetablemente”.

En el último piso, inauguraron en 1921 un famoso *Tea Room* a imitación del salón de té de la Casa *Harrod's* de Buenos Aires, con un quinteto de cuerdas –dirigido por el primer violín de la Ópera de Santiago– que interpretaba a Stravinski y a Ravel.



GATH & CHAVES LTD.

Había que subir al *Tea Room* del Gath y Chaves por un ascensor de rejas que iba pasando de piso en piso para apreciar la maravillosa mercadería exhibida en vitrinas de cristales.

Las damas del centro, tan bien descritas por la pluma amenísima de Orrego Luco en *Casa grande* y Joaquín Edwards Bello, subían allí a tomar el té con limón acompañado de galletas de jengibre o de torta Selva Negra con canutones de chocolate.

También a la hora del *cocktail* era posible beber una copa de Oporto o de jerez de buena marca mientras se escuchaban composiciones de músicos nacionales como Soro o Alfonso Leng.

El pianista Claudio Arrau asistía a estos famosos tés del Gath y Chaves para escuchar conciertos, especialmente de Debussy que empezaba a oírse en Chile en el ambiente de este sofisticado salón de té a donde también acudían escritoras, impecablemente vestidas, entre ellas María Monvel, Marta Vergara y Victoria Barrios.

Era indispensable que las señoras llegaran bien vestidas a tomar el té del Gath y Chaves, de cartera, guantes y sombrero con velo de mota cubriendo apenas los ojos, lo mismo los caballeros de traje oscuro, sombrero *canotier* o batelera y corbata en el tono.



En la penumbra discreta, una mujer toma nota de cuánto ve y escucha. Es Luisa Irarrázaval de Sutil que –bajo el pseudónimo de *Chiffon*– escribe la página de la Vida Social de *El Diario Ilustrado* en la que consigna quiénes estuvieron presentes cada tarde a la hora del té...

Aquí dio clases de baile el profesor Valero y se conocieron muchas parejas al compás del charleston y el fox trot.

En 1935 tocaba allí la orquesta del maestro Scherniak compuesta por un piano, dos trompeta, un violín, tres saxofones y una batería. Tenía fama de ser el mejor conjunto musical que actuaba en Santiago.

El salón de té del Gath y Chaves marcó época. Fue lugar de conversaciones literarias entre Mariano Latorre, Ricardo Latcham, Alberto Romero y tantos otros que adquirirían libros en la Casa Francesa y que luego iban allí a departir junto a un café con una porción de galletas, escuchando buena música selecta.

El día miércoles era famoso porque el Gath y Chaves ofrecía sus tés infantiles. Generalmente se premiaba a los niños llevándolos a tomar chocolate y helado a este distinguido salón de té con orquesta.

Lamentablemente, el Gath y Chaves cerró sus puertas luego de una huelga prolongada de sus trabajadores en 1952. El soberbio edificio indestructible fue demolido. En el solar se llevó a cabo una fantástica Feria de la Industria Española, con organillos madrileños, desfiles de mantones de Manila y una magnífica ambientación de las provincias de España.

Con posterioridad se construyó el famoso Edificio España que albergó por tanto tiempo al Café Paula y que hoy es famoso por su célebre Galería España.

Del Gath y Chaves queda el recuerdo en la mente de los santiaguinos y en el nombre de una calle de la comuna de Las Condes.

El mítico Café del Hotel Crillón

Otro lugar de ambiente distinguido para tomar el café o el aperitivo fue el Hotel Crillón situado en el edificio donde en otros tiempos vivió la familia Larraín García Moreno en la calle Agustinas al llegar a Ahumada. El salón de té del Crillón, con sus amplios aposentos alfombrados y sus comedores de verano adornados con palmas, fue famoso por reunir permanentemente a intelectuales, artistas y “gente de sociedad” en un ambiente de gran esplendor.

Aquí se dieron cita poetas y escritores, intelectuales y gente de teatro. Los presidentes de Chile -que en esos tiempos paseaban por el centro en amplia camaradería con la gente- solían venir aquí a disfrutar del refinado servicio a la hora del aperitivo. Los mozos vestidos de impecable frac de color gris deslizaban carritos con pasteles en medio de espejos, grandes lámparas de lágrimas, gobelinos y tapicería belga.

En esos amplios salones, Joaquín Edwards Bello escribió en 1935 páginas de su novela *La chica del Crillón* que después en 1941, Jorge Délano, Coke, llevó al cine con Beverle Bush en el papel de Teresita Iturrigorriaga, “la chica del Crillón”, quien recibe su correspondencia en este refinado lugar de encuentro, aunque viva en la calle Romero del barrio Poniente. “Me hago dirigir las cartas al Crillón y ayer tuve la sorpresa de recibir un convite de las señoritas Cepeda. Son las niñas de moda, por su belleza y su plata”.

La novela se convierte en un relato satírico humorístico de plena vigencia sobre el arribismo, siendo leída por los santiaguinos que se ven cruelmente retratados en su intimidad... Aquí se reúnen todos: viejas, viudas, “políticos que han desertado de sus partidos: gordos, ricos y cínicos; las lindas hijas de un funcionario chino, con sus cabellos tiesos como garras de laca, sobre las orejitas diminutas. Yanquis felices de poder tomar toda clase de tragos, como niños que hicieran la *cimarra*. Se ven políticos y especuladores enriquecidos demasiado rápidamente; nuevos ricos de turbia mirada comprenden que la buena sociedad de ayer se escandaliza de verlos solicitados de todas partes; las damas encopetadas los llaman para pedirles datos seguros de Bolsa, y luego bailan con ellos, apoyando sus mejillas en sus hombros de cargadores”.

Tardes de ese remoto salón de té perdido en el tiempo... Aquí estuvieron en reuniones literarias los escritores Luis Durand, Manuel Rojas, Chela Reyes, Pepita Turina, Blanca Luz Brum, la periodista Lenka Franulic, Efraín Szmulewicz, el escritor peruano Luis Alberto Sánchez, autor de una novela sobre “La Perricholi”, Braulio Arenas que era asiduo de los cafés y tantos otros...

Aquí, frente al Crillón, María Luisa Bombal, la autora de *La última niebla* y *La amortajada*, el 21 de enero de 1941, disparó tres balazos contra el hombre que amaba, Eulogio Sánchez Errázuriz, dejándolo malherido.

El incidente tuvo como consecuencia el encarcelamiento y juicio de la escritora que, por fin, debió salir del país, rumbo a Estados Unidos. “Me arruinó la vida, pero nunca pude olvidarlo”, exclamaba siempre.

Aún años más tarde, en este mismo escenario, en la elegante atmósfera del salón de té, en medio del tintinear de platos y cucharillas, el 14 de abril de 1955, la novelista María Carolina Geel, en otro arrebatado pasional similar al anterior, dio muerte a balazos a su pareja, por celos, con gran escándalo en el medio artístico de esos años. En la mesa contigua al crimen, tomaba té con su hermana la escritora Matilde Ladrón de Guevara que fue testigo presencial de la escena.

Del resultado de la prisión de María Carolina Geel nació su novela *Cárcel de mujeres*, muy alabada por la prensa de esos años y recuperada recientemente por la crítica actual.

Los dos incidentes protagonizados por famosas escritoras “de armas tomar” remecieron el ambiente literario y sellaron para siempre la leyenda del mítico Crillón.



*María Luisa
Bombal
con su clásico
peinado a lo
Príncipe Valiente
en los tiempos
del café en el
Hotel Crillón.*